

Agatha Christie®

DESPUÉS DEL FUNERAL

Nada es lo que parece
en este caso de
HÉRCULES POIROT



AGATHA CHRISTIE

DESPUÉS DEL FUNERAL

Traducción de C. Peraire del Molino



After the Funeral © 1953 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Used with permission.
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de C. Péraire del Molino © Agatha Christie Limited.
All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: julio de 2023
ISBN: 978-84-670-7062-0
Depósito legal: B. 11.360-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

I

El viejo Lanscombe, con su andar vacilante, fue de una habitación a otra subiendo las persianas. De vez en cuando sus ojillos de reumático miraban a través de los cristales.

No tardarían en volver del funeral. Se apresuró en su quehacer; ¡había tantas ventanas!

Enderby Hall era un vasto edificio victoriano construido según el estilo gótico. Algunas paredes todavía estaban tapizadas de seda descolorida. En todas las habitaciones, las cortinas eran de rico brocado o terciopelo. En la sala verde, el viejo mayordomo contempló el retrato, colocado sobre la chimenea, de Cornelius Abernethie, quien hizo construir Enderby Hall. Cornelius Abernethie tenía una barba castaña que denotaba agresividad, y su mano reposaba sobre un globo terráqueo, no sabemos si por capricho suyo o como un símbolo escogido por el artista.

Debió de ser un hombre violento, y por eso el viejo Lanscombe se alegraba de no haberlo conocido en vida.

El señor Richard había sido su amo, y un buen amo. Había muerto de repente, aunque, claro, el doctor lo estuvo atendiendo una breve temporada, pero no se rehízo del golpe que supuso para él la muerte del joven señorito Mortimer. El anciano movió la cabeza mientras se apresuraba a entrar en el *boudoir* blanco. Fue horrible... Una verdadera catástrofe. Un caballero tan joven y lleno de salud... Nadie habría dicho que pudiera ocurrirle una cosa semejante. Había sido muy triste. Y el señor Gordon, muerto en la guerra. Uno tras otro. Así es como suceden las cosas hoy en día. Había sido demasiado para el amo y, no obstante, una semana antes estaba tan entero...

La persiana de la tercera ventana del *boudoir* blanco se negó a funcionar como debía. Los muelles estaban flojos, eso es lo que pasaba, y eran muy viejos, como todo lo de aquella casa. Y no cabía esperar que los arreglaran. Demasiado anticuados, dirían moviendo la cabeza con aire de superioridad, ¡como si las cosas antiguas no fuesen mucho mejores que las modernas! ¡Él podía decirlo! La mitad de lo moderno era muy barato... y se te rompía en las manos. El material no era bueno y los operarios tampoco. Oh, sí; él podía decirlo.

No iba a conseguir arreglar la persiana si no traía la escalera. No le gustaba tener que subirse a la escalera, pues le daba vértigo. Así que de momento la dejaría así. No importaba, puesto que aquella ventana no estaba en la fachada de la casa, donde pudiera verse cuando los coches regresaran del funeral... Ni tampoco ocupaba nadie aquella habitación en la actualidad. Era una habitación para una mujer, y hacía mucho tiempo que Enderby no tenía señora. Era una lástima que el señorito Mortimer no se hubiera casado. Siempre estaba en Noruega

pescando, de caza en Escocia o en Suiza practicando deportes de invierno, en vez de casarse con alguna hermosa joven, sentar la cabeza y llenar la casa de niños. Hacía mucho tiempo que no había ninguno en ella.

Y en la mente de Lanscombe apareció con toda claridad un tiempo muy lejano..., con mucha más claridad que aquellos últimos veinte años, que recordaba muy confusamente y en los que apenas podía decir quiénes habían salido y quiénes habían entrado, y qué aspecto tenían. Pero de los viejos tiempos sí que se acordaba bastante bien.

El señor Richard había sido como un padre para sus hermanos y hermanas menores. Contaba veinticuatro años a la muerte de su padre, y tomó las riendas del negocio y el gobierno de la casa, procurando que nada faltase. Fue una mansión feliz donde fueron creciendo aquellos niños y niñas. Claro que de vez en cuando también hubo peleas, y las institutrices lo pasaron bastante mal. ¡Pobres criaturas, esas señoritas! Lanscombe siempre las había despreciado. Las niñas tuvieron mucho carácter, en particular la señorita Geraldine, y la señorita Cora también, aunque era mucho más joven. Y ahora el señorito Leo había fallecido y la señorita Laura también. Timothy estaba inválido; la señorita Geraldine, agonizando en cualquier lugar del extranjero, y el señorito Gordon muerto, víctima de la guerra. A pesar de ser el mayor, el señor Richard había resultado el más longevo, sobreviviéndolos a todos..., a casi todos, pues el señor Timothy vivía, lo mismo que Cora, que se había casado con un artista, un sujeto desagradable. Veinticinco años atrás, cuando se fugó con aquel individuo, era una joven bonita, y ahora apenas la había conocido, tan mayor y

obesa... y vistiendo de aquella manera. Su esposo era francés, o casi francés, y no se ganaba nada casándose con uno de ellos. Pero la señorita Cora siempre había sido bobalicona, como dicen en los pueblos. En todas las familias hay alguien así.

Ella lo había reconocido enseguida.

—Pero ¡si es Lanscombe! —exclamó, muy contenta de verlo, al parecer.

Ah, en aquellos tiempos, todos lo querían, y siempre que se celebraba una reunión se escurrían hasta la despensa y él les daba jalea y crema de leche con bizcochos que sobraban de la mesa. Todos conocían entonces al viejo Lanscombe, y ahora apenas nadie sabía quién era. Solo el grupo de jóvenes al que nunca pudo recordar con claridad y que pensaba en él como en el mayordomo que llevaba allí tantos años. Todos extraños, pensó cuando llegaron para asistir al funeral... Y ¡vaya unos extraños!

La señora viuda del señorito Leo, no... Ella era distinta. Desde que se casó con él habían estado algunas veces en la casa. Era muy agradable y una verdadera señora. Vestía adecuadamente, sabía peinarse y daba la impresión de lo que era en realidad. Su amo siempre la quiso. Lástima que no hubieran tenido hijos...

Lanscombe dio un respingo: ¿qué estaba haciendo allí parado, soñando con tiempos pasados, cuando había tanto por hacer? Ya estaban levantadas todas las persianas de la planta baja y ordenó a Janet que subiera a arreglar los dormitorios. Janet, la cocinera y él habían asistido ya al funeral, pero en vez de ir al cementerio habían regresado a la casa para disponer la comida. Por supuesto, tendría que ser un almuerzo frío. Jamón, pollo, lengua y ensalada, y, de postre, tarta de manzana y limo-

nada. Primero, sopa caliente... Sería mejor que fuese a ver lo que Marjorie había preparado, porque no tardarían más de uno o dos minutos en llegar. Lanscombe dio unos pasos arrastrando los pies. Su mirada abstraída se detuvo unos instantes en el retrato que había sobre la chimenea, del mismo estilo que el de la salita verde. El raso y las perlas estaban muy bien reproducidos, pero la dama que los llevaba no era muy impresionante. Facciones suaves, boca de niña y el cabello partido sobre la frente. Una mujer modesta y sencilla. La única cosa digna de mención respecto a la esposa de Cornelius Abernethie había sido su nombre: Coralie.

Después de sesenta años de existencia, los parches para callos y otros preparados para los pies Coral seguían manteniendo su prestigio. Nadie podía decir que los parches Coral tuvieran nada de extraordinario..., pero habían conseguido ganarse el favor del público. Y gracias a ellos había surgido aquel palacio neogótico, sus jardines y el dinero para pagar la renta de siete hijos e hijas, y que había permitido a Richard Abernethie morir rico tres días atrás.

II

Husmeó en la cocina dando consejos a Marjorie, la cocinera, que le replicó de mala manera. Marjorie era joven, solo contaba veintisiete años, y constituía una constante irritación para Lanscombe por estar tan lejos del concepto que él tenía de las cocineras. Carecía de dignidad y no apreciaba la posición del mayordomo en la mansión. Con frecuencia hablaba de la casa llamándola «viejo

mausoleo» y se quejaba de lo grande que eran la cocina y la despensa, diciendo que se «necesita caminar todo un día para recorrerlas». Llevaba dos años en Enderby y seguía allí porque, en primer lugar, ganaba un buen sueldo y, en segundo, porque el señor Abernethie apreció siempre sus dotes culinarias. Cocinaba muy bien. Janet, que estaba de pie junto a la mesa de la cocina tomando una taza de té, era una anciana doncella que, a pesar de que disfrutaba discutiendo agriamente con Lanscombe, siempre estaba de su parte y en contra de la joven generación representada por Marjorie. La cuarta persona que se hallaba en la cocina era la señora Jacks, quien «acudía» a prestar ayuda cuando la necesitaban y que había disfrutado mucho en el funeral.

—Ha sido precioso —comentó mientras volvía a llenarse la taza—. Noventa coches. La iglesia estaba completamente llena, y el rector ha leído muy bien el oficio. Además ha hecho un tiempo magnífico. Ah, pobre señor Abernethie, no quedan muchas personas como él en el mundo. Todos lo respetaban.

Se oyó sonar una bocina y el ruido de un coche que avanzaba por la avenida. La señora Jacks, dejando su taza, exclamó:

—Ya están aquí.

Marjorie encendió el fuego de gas bajo la gran olla llena de caldo de pollo. El enorme horno de los días de grandeza victoriana permanecía frío e inútil como un yerto símbolo del pasado.

Los automóviles se fueron deteniendo uno tras otro, y las personas vestidas de negro que se apeaban iban accediendo al vestíbulo y en el salón verde. En la chimenea ardía un buen fuego, como tributo a los primeros fríos

otoñales y al que provoca el permanecer inmóvil largo rato en una iglesia.

Lanscombe entró en la estancia con una bandeja de plata con copas de jerez, que ofreció a los allí reunidos.

El señor Entwhistle, el socio más antiguo de la renombrada firma Bollard, Entwhistle, Entwhistle y Bollard, estaba calentándose de espaldas a la chimenea. Aceptó la copa de jerez y contempló a los presentes con su astuta mirada de abogado. No los conocía a todos, y se vio en la necesidad de ir clasificándolos, por así decirlo. Las presentaciones hechas antes de salir para la iglesia habían sido superficiales y apresuradas.

Fijándose primero en Lanscombe, el señor Entwhistle se dijo para sus adentros: «¡Cómo le tiembla el pulso, pobre viejo! No me extrañaría que estuviera cerca de los noventa. Bueno, ahora entrará en posesión de esa pequeña renta. No tendrá que preocuparse por el dinero. Es un alma sencilla. Hoy en día no hay nada como el servicio antiguo. ¡Asistentas y niñeras por horas, Dios nos ayude! ¡Qué mundo este! Tal vez el pobre Richard no haya perdido gran cosa. No tenía mucho por lo que vivir».

El señor Entwhistle, con sus setenta y dos años, consideraba que Richard Abernethie, al morir a los sesenta y ocho, lo hizo antes de tiempo. Se había retirado de los negocios hacía dos años, pero como ejecutor de la última voluntad de Richard Abernethie y como atención a uno de sus más antiguos clientes, que a su vez era amigo personal, había hecho el viaje al norte para asistir al funeral.

Considerando en su mente las disposiciones del testamento, fue haciendo un repaso de los miembros de la familia.

A Helen, la viuda de Leo, la conocía muy bien, claro está. Una mujer encantadora, por la que sentía aprecio y respeto. Sus ojos la contemplaban con estima. Se hallaba de pie junto a una de las ventanas. El luto le sentaba muy bien y hacía resaltar su bonita figura. Le gustaban su impecable perfil, sus cabellos plateados en las sienes, así como sus ojos, que en otros tiempos tuvieron el color de las azulinas y que todavía seguían siendo muy azules.

¿Cuántos años tendría Helen? Unos cincuenta y uno o cincuenta y dos. Era extraño que no hubiera vuelto a casarse después de la muerte de Leo. Era una mujer atractiva. Ah, pero habían estado muy enamorados.

Sus ojos pasaron a contemplar a la esposa de Timothy. No la conocía muy bien. El negro no la favorecía... Era una mujer muy sensata y capaz. Siempre fue una buena esposa para Timothy y se preocupó por su salud, probablemente un poco más de lo debido. ¿Es que en realidad le ocurría algo a Timothy? Solo era un hipocondríaco, según sospechaba el señor Entwhistle. También lo sospechó Richard Abernethie.

«De pequeño tuvo el pecho delicado —había dicho—. Pero apuesto a que ahora está perfectamente.» Oh, claro que todos tenemos nuestras aficiones, y la de Timothy era preocuparse por su salud. ¿Lo habría comprendido su esposa? Es probable que sí, pero las mujeres jamás admiten esta clase de cosas. Timothy debía de sentirse muy a gusto. Nunca fue un derrochador. No obstante, lo que tuviera de más no le irá mal en estos días de restricciones. Es probable que haya tenido que reducir bastante su tren de vida después de la guerra.

El señor Entwhistle dedicó a continuación su atención a George Crossfield, el hijo de Laura. Esta se había

casado con un sujeto de quien nadie sabía gran cosa. Un corredor de bolsa, según él mismo se definía. El joven George estaba empleado en la oficina de un procurador... de no muy buena fama. Era bien parecido, pero había cierto artificio en su persona. No debía de contar con mucho para vivir. Laura había sido muy torpe al hacer sus inversiones, y casi no dejó nada a su muerte, acaecida cinco años atrás. Fue una joven bonita y romántica, pero sin ningún sentido práctico.

Los ojos del señor Entwhistle dejaron de mirar a George Crossfield. ¿Cuál de las dos muchachas era aquella? Ah, sí, Rosamund, la hija de Geraldine, que contemplaba las flores de cera que estaban sobre la mesa de malaquita. Una joven bonita, más aún, hermosa, pero con un rostro bastante insulso. Se dedicaba al teatro y estaba casada con un actor. Un muchacho de buen aspecto.

«Y lo sabe —pensó el señor Entwhistle, que no aprobaba la profesión de artista teatral—. Quisiera saber de dónde procede y cuál es su pasado.»

Y miró desaprobadoramente a Michael Shane, de cabellos rubios y con un atractivo un tanto trasnochado.

En cambio, Susan, la hija de Gordon, habría cosechado más éxito en la escena que Rosamund. Tenía más personalidad. Se hallaba bastante cerca de él, y pudo observarla a su gusto. Cabellos oscuros, ojos castaños, casi dorados, y una boca joven y atractiva. Junto a ella estaba su esposo, con quien acababa de casarse, ¡un ayudante de laboratorio! El señor Entwhistle opinaba que las chicas no deberían casarse con jóvenes que despachaban detrás de un mostrador. Pero ahora, desde luego, se casaban con cualquiera. El químico tenía el rostro pálido y el pelo rubio, y parecía enfermo, de tan nervioso. El señor En-

twhistle lo achacó a la tensión producida por tener que enfrentarse con tantos parientes de su esposa.

Siguiendo su examen le tocó por último el turno a Cora Lansquenet. Lo cual le correspondía en justicia, pues esta era la última hermana de Richard. Había nacido cuando su madre contaba los cincuenta y aquella débil mujer no había sobrevivido a su décimo embarazo (tres niños murieron al poco de nacer). ¡Pobrecilla Cora! Durante toda su vida fue un estorbo. Era alta y desgarbada, y siempre tuvo la virtud de formular observaciones que habría hecho mejor en reservarse. Todos sus hermanos y hermanas mayores fueron amables con ella y procuraban disimular sus defectos y errores. A nadie se le ocurrió que pudiera casarse. No fue una muchacha muy atractiva, y su tendencia a dirigirse a los jóvenes siempre daba como resultado que estos se retirasen alarmados. Y entonces, el señor Entwhistle lo recordó con regocijo: apareció Pierre Lansquenet, medio francés, a quien conoció en una academia de arte donde aprendía a pintar flores con acuarela, cosa que hacía con bastante corrección, y anunció a su familia su intención de casarse con él. Richard Abernethie se opuso. No le agradó el aspecto de Pierre Lansquenet, sospechaba que el joven buscaba una mujer rica. Pero mientras hacía las oportunas averiguaciones para conocer sus antecedentes, Cora se escapó y se casó con él inmediatamente. Pasaron la mayor parte de su vida matrimonial en Bretaña, en Cornualles y en otros lugares concurridos por los pintores. Lansquenet era un mal pintor y un hombre poco agradable en todos los aspectos; pero Cora le fue siempre fiel y nunca perdonó a sus familiares su actitud hacia él. Richard le había asignado una renta generosa, y de eso

habían vivido, según la opinión del señor Entwistle. Dudaba de que Lansquenet hubiera ganado algún dinero en toda su vida. Ya hacía unos doce años o más que había fallecido. Y ahora Cora, convertida en una viuda, vestida de negro con adornos de abalorios, había regresado a la casa donde transcurrió su niñez e iba de un lado a otro tocándolo todo y lanzando exclamaciones de placer cada vez que algún objeto le recordaba su infancia. No había dado muestras de sentir mucha pena por la muerte de su hermano, aunque no era de extrañar: Cora nunca supo fingir.

Volviendo a entrar en la habitación, Lanscombe anunció en un tono apagado propio de la ocasión:

—La comida está servida.